

adhesiones vehementes y de retrocesos pensados en el que, alternativamente, Somers-Lawrence se enamora y se desenamora del líder, todo ello con un mecanismo que llega a entristecer. Canguro, según la descripción preinserta, no posee ninguna de las dotes físicas, de gran espectacularidad, con que debe contar un conductor de masas fascistas; pero sí ha producido un claro impacto en el narrador, y uno y otro continuarán hasta el final de la novela jugando un juego subsexual que convida, muy por lo menos, a estupor. El autor podrá ser absolutamente viril, incontestablemente viril, pero este lúdico avanzar y retroceder en el amor—no amistad ni adhesión—de Canguro acaba por repeler, porque el mismo juego es practicado por éste. El final de Canguro es sintomático. Un mitin socialista o laborista es torpedeado por los fascistas de Canguro, hay disparos por ambas partes, Canguro es alcanzado en el vientre y morirá pocos días más tarde en un hospital. La última vez que Somers acude al hospital para visitarle, ya trocada la simpatía en indiferencia, el diálogo alcanza un *climax* de ternura desesperada por parte del moribundo, de dureza por la de Lawrence que, no obstante su artificiosidad, no carece de grandeza:

«—Diga que me ama.

—No. No puedo decirlo.»

No puede decirlo ahora, cuando Canguro, con varios balazos en su vientre, va a morir, a mil leguas de sus anteriores jactancias. Pero Somers-Lawrence sí hubiera estado dispuesto a declararle una irrazonada admiración antes, cuando el líder australiano, con toda su compleja fealdad, llegaba a parecerle hermoso. Con lo que se hace imprescindible tomar nota de las reacciones feminoides del novelista, aun más oscuro aquí que en otros de sus libros. El castigo más adecuado consistiría en que si alguna vez el espectro de Lawrence se me apareciera y me demandara una opinión favorable sobre la novela comentada, la contestación sólo podría ser una:

—No. No puedo decirlo.

No podría decirlo. Leí *Canguro* por vez primera en 1937, y no me gustó. Me tomé el trabajo de releer el volumen dos o tres veces desde entonces, con ánimo de rectificarme, y no lo he conseguido. Por sinceras que sean las idas y venidas de Lawrence sobre un documento humano y vivo, su versatilidad llega a molestar al lector lo mismo que molestaba a Harriet, la sufrida esposa de este pequeño monstruo egoísta.

¿Y el frustrado dictador fascista de Australia, Benjamín Cooley (a) Canguro? Mis modestos conocimientos sobre política novecentista de Oceanía me impiden dictaminar sobre la autenticidad del modelo. Es de creer que existiera realmente y que más o menos novelado, hubiera

en Sidney un personaje de parecido talante, porque no pertenece a las dotes de Lawrence la creación de tipos. Ese su modo de novelar, berroqueño por una parte, insistentemente introspectivo por otra, frío y duro, casi convidando a la antipatía, endeble en lo puramente fictivo, hace creer en la veraz existencia de Canguro. Por lo demás, el novelista ha hecho bien en hacerlo desaparecer, porque con su programa, ese líder difícilmente hubiera llegado lejos. Y, en definitiva, el protagonista de la novela no es Canguro, sino el narrador, el difícil Lawrence. De éste decía Huxley, que parecía conocerlo bien, que era un puritano. En todo caso, un difícil puritano.



*Contrapunto*, de Huxley, no tiene con la novela de Lawrence más punto de contacto que el anunciado, la aparición, semejanza y fin de otro aspirante a la dictadura fascista. Pero en cuanto a calidad literaria, a riqueza de invención, a multiplicidad de situaciones, a narración dinámica, el cotejo se hace imposible. Igual que leí varias veces *Canguro* para tratar de mejorar la primera opinión que me mereciera, he hecho lo mismo con *Contrapunto*, esperando que otra lectura achicase la primera y óptima impresión. No ha sido así, y, por el contrario, la bondad del libro crece incesantemente. Es una verdadera obra maestra de la novela inglesa del siglo xx.

¿Inglesa? No todos sus compatriotas opinan lo mismo. No, al menos, los que levantan a Lawrence sobre Huxley, advirtiendo en éste un ingenio más francés que británico, con posibles grandes débitos a Voltaire, pese a que sus rasgos de humor parezcan específicamente insertos en la mejor tradición inglesa. Sin duda, la característica mejor de Huxley no es el humor, sino el inagotable caudal de ingenio, con multiplicidad de recursos, y todo ello luce a placer en *Contrapunto*.

La magistral arquitectura de esta gran novela reside en el más difícil de los alardes. El autor presenta una porción de personajes —más o menos conectados unos con otros— y cada uno de ellos pudiera ser acreedor a la jerarquía de protagonista principal. Todos portentosamente descritos y animados, todos diferenciados y personalísimos, todos integrantes de un extenso juego vital, son merecedores, todos y cada uno, de que la narración seleccione al más inesperado para cerrar en él la trama. Es lo que esperaría el lector si alguna página le aburriera o impacientara, hecho que jamás ocurre, porque el autor no lo permite, dirigiendo a sus gitezuelas con mano maestra. Tardamos mucho en saber si el protagonista es el viejo pintor Bidlake, o el devoto borrachín Carling, o el biólogo Lord Edward, o cualquier

otro de los caracteres primorosamente cincelados por Huxley. Tan sólo al final de la novela es dable conocer que el protagonista —pasivo en cierto modo, y atrozmente pasivo— es Everard Webley, el líder fascista.

Por supuesto, el primer contacto con Webley se opera muy al principio de la novela, igual que con tantos otros. De momento, como un figurante más: «Un hombre muy grande y corpulento que cruzaba con peligrosa velocidad el salón lleno de gente». Muchas páginas más adelante, se reitera el mismo ímpetu de Webley: «La puerta de la sala fue abierta violentamente, como si hubiera explotado una bomba en el exterior. Everard Webley entró con un caudal de sonoras excusas y calurosa bienvenida». Y no se procede a describir físicamente al líder, porque, excepción hecha de sus ojos, basta para imaginar su presencia lo brusco de sus maneras, el seguro autoritarismo para con sus hombres, el reiterado sonsonete del programa fascista.

Es innecesario antologizarlo, porque sus puntos son los archiconocidos de todos los fascismos: «Queremos el gobierno de los mejores, y no el de los más numerosos... Los demócratas de hoy son más estúpidos que sus abuelos liberales... Creemos en la aristocracia, en la jerarquía natural... Debemos tener el coraje de nuestro estado de hombres fuera de la ley...». Etc., etc. Son frases que nos suenan. Lo alarmante es que, mientras Canguro exponía otras semejantes en el ámbito privado de su casa de Sidney, Webley las vocea en Hyde Park, montado en un caballo blanco y dirigiéndose a un millar de Ingleses Libres. Resulta que su Hermandad de Ingleses Libres, todos uniformados de verde, cuenta con sesenta mil afiliados en Inglaterra.

Ahora, al cabo de bastantes años desde la publicación de *Contrapunto*, cuando la única calificación que le compete es la de total obra maestra, no es lícito olvidar que, cuando apareció, había efectivamente un jefe fascista en Inglaterra. Un insensato de la propia generación del novelista, Oswald Ernald Mosley, que había pasado por todas las coloraciones políticas vigentes, acabó fundando la Unión Fascista Británica, de actuación legal hasta el mismo comienzo de la guerra de 1939, no sin intentar rehacer el partido después de 1945. No alcanzo a comprender bien cómo no llegó a contar con millones de afiliados al actuar más sincera y desnudamente que Chamberlain, pero lo cierto es que no los obtuvo. Quizá el hombrecillo no valía un penique, y puede ser que Huxley le concediera no pequeño favor al trasvasarlo a la impetuosa personalidad de Webley, más acorde con la idea del agitador ambicioso, autoritario y totalitario.

Así, Huxley, justicieramente, no rebaja inmisericordemente a Webley, precisamente porque, siendo su enemigo, desea darle un mínimo

de prestigio humano. Se burla de él, de su torpe ideario, de su Hermandad de Ingleses Libres, pero con el debido grado de cortesía de adversario para conducirlo a la muerte. No, Huxley no duda ante el jefe fascista. Si Lawrence se anduvo auscultando en su interior el jadeo de una larga lucha de sentimientos en pro y en contra de Canguro, Huxley no titubea ni por un solo instante. El novelista ha condenado a muerte al agitador. Este no morirá de unos balazos disparados ciegamente durante la confusión de un mitin interrumpido, como Canguro, sino que será asesinado.

Un asesinato oscuro, de corta y casual preparación. Antes de que se produzca, el gran novelista tiene la gentileza de presentarnos un aspecto humano del jefe fascista, el de sus relaciones amorosas con una mujer casada, dispuesta a caer. No caerá. Es, al contrario, la procura del no consumado adulterio la que lleva a Webley hasta donde le esperan sus matadores: Spandrell, un hombre amargado por razones familiares, y un joven comunista, Illidge. El asesinato es tan sordido como rápido y eficaz. Se ha terminado Webley. Pero el novelista, adversario del agitador, no hace apología del asesinato. De los dos cómplices, el comunista Illidge se da cuenta de que la desigualdad, la miseria y la lucha social nada tienen que ver con el lamentable cadáver del presuntuoso Everard Webley. Spandrell, el autor material de la muerte, buscará la expiación autodenunciándose y haciéndose matar por los Ingleses Libres. Espectador de esta ejecución será Rampión, el personaje de la novela que disfraza el verdadero nombre de Lawrence. Extraña complicación. Parece como si Huxley hubiera querido dar una lección, en todos los sentidos, a su colega en letras.

Con lo que me rebelo de nuevo contra la gratuita superestimación de David H. Lawrence y contra la injusta subvaloración de Huxley por sus compatriotas. He aquí que J. B. Priestley acusa al último de que «sus novelas no han sido creadas, sino hechas» y de que «su autor no se interesa en realidad por las personas, sino por las ideas». Precisamente, si Huxley da primacía a las ideas es por el noble propósito, común a toda su labor, de presentar constantemente a personas rebosantes de inteligencia, de contenido humano e ideológico. Para él, la intervención del sexo es un accidente más de los que mueven a las criaturas, y no el dominante, cual en el caso de Lawrence. Y es en virtud de esa limpieza y de esa castidad —y no por el predominio de un intelectualismo aséptico— como Huxley puede presentar la figura de un jefe fascista con entera objetividad para con la persona y no disimulada aversión contra la idea —más aún, con piedad para con su desastroso final— en tanto que Lawrence presta pequeño interés a la fraseología de Canguro y sólo es fascinado o rechazado por su pre-